



Por los caminos del éxodo

SUMARIO

**Julio-Diciembre
2024**

EDITORIAL

- 3 **Ven, esperanza del mundo**
Giulia Civitelli



JÓVENES

- 6 **Una experiencia para la vida**
Luisa Deponti

- 8 **Mission exposure en México**

Sofia Fanchini, Elisabetta Ferri,
Caterina Meregalli

- 13 **¡Descubriendo todo un mundo!**
Emanuela Conceito

- 16 **Construir un puente**
Bianca Maisano



ESPIRITUALIDAD

- 15 **Luz que se levanta**
Giuliana Fusi



MIGRACIÓN

- 18 **El futuro de la pastoral de la movilidad humana**
Por la redacción

TESTIMONIO

- 23 **Soy una mujer, una migrante**
Claudia Morales Almonte



- 27 **PRÓXIMAMENTE**

Edición en español

Misioneras Seculares
Scalabrinianas

C. Comercio y Admon. 17
Col. Copilco Universidad
Alcaldía Coyoacán
04360 Ciudad de México
Tel.: (55) 56589609
mexico@scala-mss.net
www.scala-mss.net

*

Fotografías e imágenes:

Portada y p. 6-14, 16-18, 23-27: Archivo de las Misioneras Seculares Scalabrinianas; p. 3, 5: Pixabay; p. 4: © Dicastero per l'evangelizzazione/Città del Vaticano/G. Trevisani; p. 15: Pexels; p. 20: D. Mühlbach-Leret; p. 21: © European Union_C. Palma_Atribución-Sin derivados (CC BY-ND 2.0); p. 22: rawpixel.com

*

Agradecemos a los amigos que colaboraron en esta edición y a todos los que nos apoyan con su contribución libre para cubrir los costos de impresión y envío.

*

Las Misioneras Seculares Scalabrinianas, Instituto Secular en la Familia Scalabriniana, son mujeres consagradas llamadas a compartir el éxodo de los migrantes. Publican este periódico en cinco idiomas como instrumento de diálogo y de encuentro entre las diversidades.



Ven, esperanza del mundo

Spes non confundit, ‘La esperanza no decepciona’. Este es el título de la Bula de convocatoria del Jubileo de 2025 publicada por el Papa Francisco. La esperanza es, por tanto, el mensaje central del Jubileo.

El tema de la esperanza me remite al pasaje de los discípulos de Emaús, en particular a las palabras dirigidas al misterioso peregrino que camina junto a ellos: “Esperábamos que fuera él quien liberara a Israel...” (Lc 24,21). Los dos se alejan de Jerusalén decepcionados y amargados por la aparente derrota de quien creían que era el Mesías. Están desanimados porque no saben interpretar lo que está sucediendo. Toman en cuenta sólo su interpretación de los hechos, no están dispuestos a cambiar su punto de vista, a dejarse trasformar.

¿Cuántas veces nos ha pasado esto a nosotros también? Cuántas veces también nosotros hemos dicho: esperábamos que esta situación fuera así, esperábamos que se abriera esta posibilidad, esperábamos que este



problema se resolviera... y en cambio llega la decepción (muchas veces relacionada con una ilusión previa) y vemos todo negro, incluso donde no es así.

En estas situaciones necesitamos de alguien que se acerque y camine a nuestro lado, que nos muestre la fuente segura de la esperanza, la Palabra de Dios, que nos haga encontrar a Aquel que es la Palabra. Sólo así podremos redescubrir la Esperanza,

esperanza, que no es sólo un pensamiento positivo. Nuestra esperanza tiene un nombre, se basa en nuestra fe en Jesucristo. No es algo, sino Alguien.

Al recitar el Credo decimos: *"Creo en Dios, Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra y en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor"* y afirmamos que en Jesús podemos tener acceso directo al Padre, en Él podemos llegar a ser hijos en el Hijo. ¿Cómo esta realidad cambia nuestra vida? ¿Cómo se relaciona esto con nuestra esperanza? Si creemos en un Dios que es Padre, entonces podemos creer sin duda que la vida de cada uno de nosotros tiene un buen origen, y que no nos equivocamos si seguimos teniendo esperanza. Sólo los cristianos llaman a Dios Padre, es decir, sólo gracias a Jesús es posible conocer a Dios de esta manera. Y sólo gracias a Jesús es posible llegar a ser hijos de este Padre. Si de verdad comprendiéramos profundamente lo que esto significa para nuestras vidas, todo cambiaría...

Nuestra esperanza se basa en una promesa que nos hicieron el Padre y el Hijo. La promesa no es que todo irá bien, que no habrá momentos difíciles, ni crisis ni dolor. La promesa es la venida del Espíritu Santo, el Don de los dones, Aquel que nos da la actitud correcta para enfrentar las diferentes situaciones, la mirada correcta, que nos muestra las opciones a tomar. Y nos hace inesperadamente fecundos.

La vida cristiana es un camino, se avanza paso a paso, y el camino “necesita también *momentos fuertes* para alimentar y fortalecer la esperanza”, escribe el Papa Francisco. El Año Santo es uno de esos momentos fuertes

y habrá, para cada uno de nosotros, personal y comunitariamente, otros momentos fuertes. Y cada uno podrá elegir si quiere reconocerlos y cómo vivirlos, cómo aprovechar estas grandes oportunidades, ya sean especiales o aparentemente ordinarias, escondidas en la vida cotidiana.

Las experiencias que algunos jóvenes comparten en este número de la revista también pueden considerarse ‘momentos fuertes’ que alimentan la esperanza tanto de los que se ponen en camino hacia los demás, como de los que los reciben. El encuentro con cualquier otro diferente de sí es también un encuentro con el Otro y con el más allá. La esperanza no se alimenta con grandes libros, artículos, etc... se alimenta con los encuentros... con el testimonio. Necesitamos raíces de esperanza que nos hablen de lo que nos anima y nos da confianza, incluso en los pequeños pasos. Como cristianos estamos en camino para mejorar este mundo, que está en desorden.

Como hijos en el Hijo, peregrinos de la esperanza, podemos entonces invocar:

*Ven, esperanza del mundo, ...
Haz de nosotros prisioneros de la esperanza
y nuestra vida entera
venga a tu encuentro
con signos evidentes
de nuestra espera.*

Giulia





Una experiencia para la vida

Ciudad de México, Agrigento (Sicilia, Italia), San Pablo (Brasil) y Ciudad Ho Chi Minh (Vietnam): nuestras comunidades de Misioneras Seculares Scalabrinianas recibieron durante varias semanas a

estudiantes voluntarias, viviendo con ellas la vida cotidiana en camino con personas migrantes y refugiadas.

Tal y como atestiguan los jóvenes que participan, esta experiencia de voluntariado y servicio representa un salir de sí mismo, una oportunidad para el crecimiento personal, en la apertura a nuevas culturas y realidades, a situaciones migratorias “de frontera”, donde los temas y las preguntas sobre la injusticia y la desigualdad a nivel global emergen más vívidamente y se to-



JÓVENES

can las heridas de la humanidad. La corresponsabilidad en la construcción de una sociedad diferente y mejor se hace más patente.

El encuentro con las personas migrantes, su dignidad y esperanza a pesar de las dificultades, y la vida comunitaria que se vive durante el voluntariado, llevan a plantearse cuestiones personales sobre la fe, la relación con los demás, el sentido de tantos otros acontecimientos... El voluntariado se convierte así en una experiencia para toda la vida. Se amplían los horizontes, saliendo del propio mundo cotidiano, y, al mismo tiempo, se desciende a lo más profundo de sí mismo, conociéndose mejor en sus límites y potencialidades y, sobre todo, en su sed de respuestas auténticas ante tantas preguntas.

Como laicas consagradas, miembros de un Instituto Secular, no tenemos obras propias ni estructuras, sino que compartimos con los jóvenes voluntarios nuestra vida cotidiana, los contactos y relaciones que tenemos con otras personas, el servicio que realizamos entre migrantes y refugiados en diversas realidades, instituciones, organizaciones. Vivimos junto con ellos la misma experiencia, dejándonos interpelar por su punto de vista «joven» que nos llega con propuestas, preguntas, descubrimientos y entusiasmo que nos sorprenden y nos hacen ver y vivir la misma realidad con ojos nuevos.

Juntos nos convertimos en «peregrinos y peregrinas de esperanza» los unos para los otros y para todos los que encontramos en nuestro camino. De ello nos hablan los testimonios que publicamos en las siguientes páginas de «Por los caminos del éxodo».

Luisa





Mission Exposure en México

Sofia, Elisetta y Caterina, gracias al Proyecto Mission Exposure (MEX) de la Universidad Católica del Sagrado Corazón de Milán en colaboración con el Pontificio Instituto para las Misiones Extranjeras (PIME), pasaron un mes en la Ciudad de México, en nuestra comunidad de Misioneras Seculares Scalabrinianas, realizando su servicio entre las personas migrantes -en particular en la educación de niños y adolescentes- hospedados en la Casa «Arcángel Rafael» de los Misioneros Scalabrinianos. También participaron en encuentros con jóvenes mexicanos y conocieron la difícil situación de los migrantes en tránsito que no encuentran hospitalidad y se ven obligados a vivir en campamentos en las calles.

Confianza

Me llamo Sofia y estudio Ciencias Lingüísticas para las Relaciones Internacionales. El proyecto MEX o Mission Exposure consiste en una serie de encuentros previos y posteriores a la salida para la misión en los cuales reflexionamos sobre el significado del servicio y sobre nosotros mismos.

JÓVENES

La palabra clave es **confiar** y creo que es una palabra extremadamente fascinante y llena de matices.

Cada uno en el transcurso de su vida, generalmente encuentra para esta palabra el significado que considera más verdadero.

Inicialmente, había interpretado el término de confianza de una manera muy pragmática: iba a tener que confiar en los educadores del proyecto porque serían ellos quienes asignarían a los estudiantes el destino de la misión y los compañeros de viaje. De hecho, las razones por las que decidí participar en el proyecto fueron también muy prácticas: quería intentar una aventura nueva, pero relacionada con mi carrera universitaria y, por lo tanto, con un enfoque académico.

Cuando llegué a la Ciudad de México y empecé la vida comunitaria con las misioneras, me di cuenta de que la palabra **confiar** era mucho más profunda de como yo la había entendido en un principio, y del mismo modo me di cuenta de que lo que yo buscaba tal vez no era realmente una ayuda para mi carrera académica, sino más bien una nueva mirada sobre mi vida cotidiana. La vida con las misioneras me inspiró mucho; la valentía que mostraban con tanta alegría y ligereza me impactó de inmediato. El sentido pleno con el que vivían la normalidad y la banalidad de la vida cotidiana me hizo reflexionar mucho y si tuviera que resumir esta experiencia en una palabra diría que me ayudó a **despojarme**. Cuando regresé a Italia me sentía más ligera, como si muchos de los miedos y expectativas que cargaba sobre mí, los hubiera dejado atrás un poco a la vez, durante ese mes en la Ciudad de México con la ayuda de las sonrisas de las misioneras.

Por supuesto, el servicio también fue una parte importante de mi misión en México y debo decir que la experiencia con los migrantes me conmovió mucho. Me dejé interpelar por las personas que conocí en la Casa del Migrante y en un campamento que visitamos, justo al lado de una Iglesia. Cada encuentro, por breve que fuera, me dio siempre mucho que pensar. En el dolor y la fuerza con que contaban sus historias o en la forma en que se comunicaban, sentí una fuerte injusticia a causa de las dinámicas de nuestra sociedad. Injusticias que, más que tristeza, me producían enojo, que aún siento y espero algún día poder convertirlo



en una herramienta que les ayude en su batalla. Sin embargo, más que su dolor, me ha impresionado la fuerza y la esperanza con la que afrontan el 'viaje' de su vida. Me transmitieron la esperanza tenaz de creer que al final todo saldrá bien «gracias a Dios». Siempre repetían esto, como una pequeña oración de agradecimiento, a pesar de todo lo que habían atravesado.

Promesa de felicidad

Soy Elisabetta y estudio la carrera de Educación Primaria.

Para mí, el encuentro con los migrantes ha significado tocar la presencia de Jesús en mi vida. Esto lo tuve claro desde el principio y es un punto que durante este mes a veces se ha atenuado, pero nunca ha desaparecido. Cada vez que entraba en contacto con el dolor y con las personas que

cargan con este dolor, surgía una pregunta en mi corazón: ¿qué sentido tiene todo este sufrimiento? ¿Qué sentido tiene que todos los niños y sus madres y padres tengan que sufrir tanto? Y más a fondo, ¿qué sentido tienen el dolor y el sufrimiento si siguen siendo tales y no pueden transformarse en esperanza?

En este mes me he dado cuenta de que, ante estas preguntas, lo único que realmente me ha hecho resistir es saber que vino un Hombre que sufrió de la misma manera, pero que con su sufrimiento salvó al mundo y trajo esperanza y vida nueva. Y que, por lo tanto, el dolor que he tocado con la mano ya no tiene la última palabra en la vida de nadie, ni en la mía ni en la de los migrantes.

Tengo muchas preguntas al respecto, pero lo cierto es que, en mi corazón, hay una esperanza, al final, que supera todo este sufrimiento y trae la paz.

Me di cuenta de que, si este punto no hubiera permanecido fijo en mi corazón, realmente yo no habría podido poner un pie en la Casa del Migrante ni hablar con todas las personas que



sufren ni mirar el dolor cara a cara sin rendirme por completo o sentirme aplastada por él.

Es por eso que el encuentro con los migrantes fue súper valioso para mí, porque me hizo recordar que el dolor en mi vida nunca tuvo la última palabra y que, por lo tanto, puede ser así en la vida de los demás, tanto para los que conozco aquí como para todos los que dejé en casa.

Durante este mes, cuando miraba a Raúl, Rodrigo, Gregor, Fabiana y a todos los niños, se me partía el corazón, pero veía en ellos la misma promesa de felicidad que hay para mi vida y que he encontrado. Es una promesa de felicidad que existe y que está ahí sólo porque un Hombre vino a prometérmela.

Y en todo ello, la vida en comunidad me ayudó muchísimo. Un ejemplo concreto es la oración que hacíamos por la tarde. Fue un recordatorio para mí de que todo se le puede confiar a Dios, incluso el dolor más profundo, y que sólo Él puede transformar este dolor en esperanza.

Preguntas

Me llamo Caterina y estudio Ciencias y Técnicas Psicológicas. Por alguna extraña razón, siempre me ha fascinado profundamente entrar en contacto con lo diferente de mí, y la experiencia de la Misión que pude vivir fue precisamente una preciosa oportunidad para experimentar este tipo de encuentro. Preciosa en primer lugar porque me permitió descubrir, paradójicamente, que a veces somos más parecidos de lo que pensamos. Pienso, por ejemplo, en los numerosos jóvenes mexicanos que vimos y conocimos personalmente, y pienso también en las diferentes personas con las que intercambiábamos, aunque sea sólo una palabra. Me hicieron sentir un poco como en casa, a pesar de estar del otro lado del mundo. Claro que, no me





refiero a la comida, los aromas o a la forma de vestir.

La Misión fue también una experiencia valiosa porque me permitió conocer y ver con mis propios ojos una realidad, la de los migrantes, de veras compleja, dolorosa y extremadamente lejana de mi forma de vivir. También fue significativo para mí el simple hecho de poder ver con mis propios ojos el ejemplo de la Casa del

Migrante o el del campamento al aire libre, para luego poder atestiguar que esas vidas existen, y que no son sólo tantas, sino que, sobre todo, son rostros, nombres e historias únicas.

Por último, diría que la Misión fue preciosa para mí porque me dejó muchas preguntas y muchas ganas de poder ir a fondo de algunas de ellas. Preguntas relacionadas con la justicia social, preguntas sobre el papel de los jóvenes en la sociedad, preguntas sobre mí misma, preguntas sobre mi vida en la fe, y podría continuar...

Sofia, Elisabetta y Caterina





¡Descubriendo todo un mundo!

Emanuela, de 19 años, nació en Aarau (Suiza) de padres italianos. Antes de empezar a estudiar arquitectura en la universidad, pasó diez días en nuestra comunidad de Agrigento en Sicilia (Italia), un lugar importante de tránsito y llegada de muchas personas migrantes de África, incluso adolescentes menores no acompañados. En estas páginas, Emanuela nos cuenta su experiencia.

Este verano tuve mi primera experiencia de voluntariado. Fui a Agrigento para enseñar un poco de italiano en un centro de acogida para menores inmigrantes no acompañados. Me causaba curiosidad la idea de pasar mi tiempo libre dando una mano donde hay necesidad. Fue suficiente una semana para descubrir todo un mundo que ya no quería dejar.

Hay dos cosas que admiro mucho de los muchachos que he conocido. La primera es su sonrisa contagiosa que los acompaña durante todas las ac-



tividades. La forma de transmitir su alegría y sus pasiones es impresionante y me invade de emociones.

La segunda es su libertad, que todo el mundo intenta arrebatárselas, entre guerras, normas, restricciones y prohibiciones. Pero ellos no se dejan influenciar por las circunstancias, su libertad viene del corazón. A pesar de lo que los rodea, logran encontrar su camino, consiguen soñar, estudiar y, sobre todo, nunca pierden la confianza en que las cosas saldrán bien.

Yo pensaba que en una semana de voluntariado habría podido dar un poco de lo que tengo. Pero esta experiencia, en lugar de quitarme

algo, me llenó por completo, me dio mucha energía y muchas ganas de hacer, de conocer y de aprender. Antes de salir de casa, varias personas me habían advertido que habría sido una experiencia dura, difícil de digerir. En cambio, mi fe me llevó a pensar que todos somos iguales, todos somos hermanos, hijos de Dios, que deberíamos amarnos y ayudarnos en lugar de aislarnos los unos de los otros. Resultó ciertamente una experiencia llena de emociones, pero son precisamente estas las que la hacen tan preciosa, te permiten vivirla plenamente y volver a casa con el corazón lleno de alegría.

Emanuela



Luz que se levanta

*La luz exterior se desvanece,
se vuelve cada vez más tenue
a medida que se entra en la oscuridad.
E invita a invocar la luz
para que la luz del corazón no se apague.
Sonrisas de niños iluminan la oscuridad
creada por los hombres,
por el egoísmo de los adultos.
Rostros ya cansados de niños
que acusan a nuestra sociedad,
a cada uno de nosotros,
incapaces de justicia,
asfixiados por el egoísmo,
por la codicia de tener, que nos aplasta.
Hasta que una sonrisa,
en el punto más oscuro, nos alcanza.
La vida es vida: no puede morir.
La luz no puede dejar de iluminar
y calentar el corazón.
Justo ahí, en la oscuridad
de una vida escondida,
puede nacer y brillar una Esperanza nueva
que quiere invadirlo todo, venir a la luz.
Misterio de amor,
habitual para los pequeños.
Luz incontenible que se levanta
-como el Sol de la humanidad-
sobre la humanidad.*

Giuliana

Construir un puente



Partir. Con una mochila esencial. Para abrirse a lo nuevo. Para dejarse interpelar por la vida, a lo largo del camino. Dejarse también herir y cambiar por el encuentro con el otro, que a veces nos perturba y deja interrogantes que inquietan.

nnes doctoras de Roma, Giorgia, Silvia y Sara (Universidad Católica Agostino Gemelli y Universidad La Sapienza), fue Vietnam. Fueron acogidas en Ciudad Ho Chi Minh en nuestra sencilla casa, en un barrio periférico, adyacente a la zona industrial, donde convergen migrantes internos, procedentes de las distintas provincias de Vietnam, con sus familias, en busca de trabajo.

Somos Misioneras Seculares Scalabrinianas y nuestra misión tiene como elemento indispensable el compartir. Más aún en un país donde las dificultades lingüísticas y el control político limitan la expresión explícita de lo que quisiéramos comunicar.

Pero tenemos la vida y la oportunidad de dar testimonio del Evangelio a través de nuestras elecciones y del estilo de relaciones que vivimos. Tras casi siete años de presencia silenciosa, ahora la gente nos reconoce y, en silencio, con gestos de gratuidad recíproca, nos apoya.

Con Giorgia, Silvia y Sara, entramos y fuimos acogidas en algunos



servicios de salud de organizaciones de la sociedad civil. Ser acogidas se ha convertido para nosotras en una forma de escuchar y comprender, desde dentro, los caminos que la gente tiene que abrir para curarse, para recuperar la salud.

Compartir es un camino exigente pero también creativo, requiere ductilidad para dejarse guiar por la empatía que se desarrolla en la relación con el otro, sea quien sea. Hemos intentado descubrir juntas lo que significa vivir una medicina de proximidad, que pone al centro a la persona, sea cual sea la historia y la cultura a la que pertenezca.

Compartir, proximidad, empatía fueron las «medicinas» que Sara, Silvia y Giorgia aprendieron a utilizar durante estas semanas en su relación con las personas heridas. Incluso con heridas invisibles.

Jugaron con niños portadores del VIH abandonados por sus familias, dieron sonrisas a ancianos que intentaban comunicar su historia y su sufrimiento con unas pocas palabras de inglés. Escucharon los diferentes enfoques de la medicina tradicional sin prejuicios.

Intentaron dialogar y trabajar con jóvenes colegas vietnamitas que están haciendo la especialidad en pediatría y ginecología, vislumbrando la posibilidad de intentar algo juntos: los primeros pasos para construir un puente que ayude a la medicina contemporánea, con su tecnología y sus nuevas posibilidades diagnósticas y terapéuticas, para que no se olvide de que al centro de todo debe seguir estando la relación con la persona, la proximidad, especialmente con aquellos a los que a menudo el Sistema Sanitario tiende a excluir.

¿Se construirá un puente con Vietnam para una medicina de proximidad? ¿Quién lo construirá? Lanzamos la propuesta a quien tenga el valor de salir de sí mismo, en primer lugar, de un mundo autorreferencial y encerrado en su propio «yo».

Empecemos de nuevo desde un «nosotros», para redescubrirnos como parte única e insustituible de la múltiple y colorida diversidad de la familia humana.

Bianca





El futuro de la pastoral de la movilidad humana

Con la nueva administración del presidente Donald Trump en Estados Unidos, hay repercusiones importantes para México en materia migratoria. Es posible que en los próximos años el país se convierta aún más en un destino final para los migrantes que no pueden alcanzar el «sueño americano», por no hablar de las expulsiones masivas, que también afectan a los ciudadanos mexicanos.

En la conferencia: «La evolución de la pastoral de la movilidad humana y sus perspectivas de futuro», el Dr. Rodrigo Guerra López, Secretario de la Pontificia Comisión para América Latina, presentó varias propuestas de acción para la Iglesia en México. He aquí algunos puntos¹.

¹ El texto es una transcripción de la conferencia del Dr. Rodrigo Guerra López, no revisada por el autor.

MIGRACIÓN

Primero que nada, tenemos que recordar que nuestra pastoral, acompañando a nuestros hermanos y hermanas migrantes, también en cosas técnicas -asesoría jurídica y ayuda humanitaria-, tiene que brotar de nuestra conversión personal a Cristo. De esa manera, aunque a nivel estratégico nuestro esfuerzo sea muy humilde y hasta torpe, estará cargado de dimensión sobrenatural y tendrá una eficacia mucho mayor que la de nuestros esfuerzos humanos. De nada serviría tener planes extraordinarios y altamente eficaces de acompañamiento a los migrantes, si nosotros hemos dejado nuestra propia aventura espiritual, nuestra migración interior. Cuando la eficacia humana se construye al margen de la eficacia sobrenatural, dura poco: *si el Señor no edifica la casa, en vano trabajan los que la construyen* (cfr. Salmo 127,1).

Tenemos que ayudarnos a no dejar nuestra vida espiritual y a que todo el servicio a nuestros hermanos y hermanas en el plan humanitario y de defensa de los derechos humanos esté acompañado por una igual dedicación a la Palabra de Dios, la oración y los sacramentos. (...) Además, no perdamos la conciencia de que quien hace las cosas no somos nosotros, sino Dios a través de estos instrumentos torpes que somos nosotros con nuestras ideas e iniciativas.

Dicho esto, consideramos las circunstancias en las que nos encontramos en México. Los flujos migratorios a nivel global se han intensificado muchísimo. Nuestra situación migratoria, que antes era una cuestión de migrantes nacionales que iban a EE.UU., ahora está catalizada por migrantes centroamericanos, caribeños, sudamericanos que llegan al territorio mexicano y muchas veces se instalan en México o desean pasar a EE.UU. (...)

Este panorama general, se encuentra enmarcado por un escenario que no podemos olvidar que es el resultado electoral en EE.UU.

El escenario es muy problemático para la pastoral migratoria en México porque tenemos que prever que los migrantes posiblemente aumenten. Pensamos en el elemento venezolano. Algunos analistas prevén la salida de un millón más de venezolanos. Colombia recibirá a muchos de ellos, pero muchos otros llegarán a México.

Desde la perspectiva de la Iglesia hay que tomar cinco medidas:

1) Ampliar la capacidad de albergues y casas del migrante. La red de albergues de la Iglesia en México ya tiene saturación en muchos lugares. Y un mayor flujo podría intensificar la demanda. La Iglesia está convocada por



la realidad a ampliar espacios de acogida en áreas claves de la ruta migratoria, especialmente en la frontera norte y en puntos de tránsito como la Ciudad de México. Esto implica un nuevo tipo de concientización, no sólo de la sociedad en general, sino de las muchas otras pastorales que a veces fluyen en su dinámica al margen del tema migratorio: la pastoral familiar, profética, litúrgica, que parecen estar cada una en su nicho, en sus preocupaciones. Pero la realidad no está dividida en estos compartimientos estancos. En los próximos 48 meses podríamos vivir en México una situación altamente compleja y totalmente rebasada en materia de capacidad de albergues y Casas del Migrante. Por eso, vale la pena hacer aliados con las otras pastorales o, por lo menos, hacerlas más conscientes de nuestra responsabilidad como cristianos

y colaborar en la construcción de más espacios de acogida, porque lo más probable es que haya una oleada mayor.

2) Reforzar el servicio de ayuda legal y de documentación y se requerirá una actualización de nuestros conocimientos sobre la cuestión migratoria, porque habrá nuevas disposiciones en los EE.UU. y nuevas decisiones del gobierno mexicano ante la población inmigrante y los propios ciudadanos mexicanos en EE.UU. No podremos confiar en lo que hasta ahora sabemos.

3) Fortalecer el apoyo espiritual, acompañado por el apoyo psicológico, a la población migrante. Lo ideal sería que el migrante se volviera un agente evangelizador. Muchas veces esto no se puede lograr. Pero se puede lograr que el migrante reciba acompañamiento espiritual y descubra que en su condición de necesidad Jesús lo acoge, lo abraza y no lo deja.

La cercanía de Dios a la vida del migrante será, en parte, gracias a la cercanía física que le ofreceremos con nuestra presencia y nuestro abrazo acogiéndolo. Por eso, el refuerzo estrictamente espiritual y eventualmente psicológico merece ser ampliado y fortalecido, siendo conscientes de que este acompañamiento es ya un signo sacramental.

No se trata sólo de una ayuda humanitaria, sino de una verdadera presencia del misterio de Dios en la historia a través de la fragilidad de nuestra carne y de nuestra iniciativa. Por eso la cercanía con el migrante no se puede evitar, sino es parte de nuestro acompañamiento y de nuestro plus pastoral. En la medida en que esto ocurra, el migrante sabrá que Dios está cerca y no ausente.

4) Promover la solidaridad comunitaria: hay que llevar a cabo campañas de gran alcance.

Esperemos que en los diálogos por la paz que en México estimulan la Compañía de Jesús y la Conferencia del Episcopado Mexicano se promueva la conciencia de que el migrante tiene dignidad, merece acogida y respeto. Es muy doloroso ver como nosotros los mexicanos nos hemos vuelto como algunos de nuestros amigos norteamericanos que muchas veces no acogen a nuestros hermanos y hermanas migrantes, y terminamos replicando sus malas costumbres. Es preciso promover la solidaridad comunitaria, no sólo entre católicos. Tenemos que entender que una parte esencial de nuestra propuesta es sumarnos a todas las iniciativas de buena voluntad de creyentes o no creyentes, para acoger y promover la dignidad de toda persona en condición de vulnerabilidad. Por eso, en la pastoral de la mo-



vidad humana no podemos tener miedo de hacer todos los esfuerzos aun ecuménicos o con organizaciones laicas con tal de que el abrazo humanitario llegue a nuestros hermanas y hermanos más necesitados.

5) Intervenir en las políticas públicas y en la defensa de los derechos humanos. Este elemento estructural, que muchas veces dejamos hasta el final, si nos queda tiempo, es el que construye el futuro a mediano y largo plazo. En alguna época en la Comisión episcopal de pastoral social en México teníamos un área de investigación. Ella generaba vínculos con las universidades, de modo que la mayor capacidad académica de las grandes universidades pudiera ser utilizada para explorar como crear iniciativas de ley y de política pública que mejoraran la situación de los migrantes. La Iglesia puede hacer esto y canalizar las iniciativas a través de los organismos más apropiados de la sociedad civil. En el contexto actual, no debería faltar la investigación necesaria para promover políticas públicas en defensa de los derechos humanos de las personas migrantes.

Estos cinco aspectos deben abordarse con urgencia. La situación no está para esperar otros tiempos: el desafío migratorio podría ampliarse a un nivel sin precedentes en los próximos meses. Si esto sucede, será necesario que

hagamos todo lo posible para sensibilizar a la pastoral de la Iglesia en su conjunto sobre la responsabilidad hacia los migrantes, que no serán una pequeña minoría incómoda en algunas esquinas de algunas ciudades, sino que podrán volverse realmente un torrente de personas con necesidades urgentes, que nosotros como Iglesia tendremos que entender y atender.

Por la redacción



Soy una mujer... una migrante



TESTIMONIO

Soy una mujer, una migrante, no fue la necesidad del trabajo lo que me hizo hacer las maletas. Sin embargo, yo también tuve que partir para vivir mi vocación, para serle fiel a Dios y a mí misma (M. Grazia Luise, “Tu che ci porti”).

Al inicio de nuestra historia de Misioneras Seculares Scalabrinianas no había sólo una respuesta a una necesidad social, sino una respuesta al amor total y gratuito de Jesús que nos llevó a dejar atrás nuestra ‘propria tierra’ y a ponernos en camino con Él, en éxodo.

Lo que nos mueve no es sólo hacer algo por los migrantes, sino a ser migrantes *con* ellos. En este caminar, nos dejamos guiar -en cada paso- por los ‘signos de Dios’ para cada una de nosotras y los ‘signos de los tiempos’ presentes en la sociedad en que vivimos.

He tenido la oportunidad de realizar varios viajes, en estos años de vida misionera, experimentando lo que significa ‘partir’ y ‘llegar’, a veces sin saber por cuánto tiempo.

En preparación de los votos perpetuos fui a Stuttgart, Alemania, donde vive Adelia Firetti, la primera misionera de nuestra comunidad. Por algunos meses no desempacaba del todo las maletas, pues pensaba que regresaría pronto ... la estancia allá fue de casi 12 años.

Una primera mirada

Mi primera mirada en este país nuevo, fue como la de una turista de paso, llena de curiosidad y sorpresa, con gran interés por conocer la cultura, por escuchar un idioma diferente. Observaba a la gente, las tradiciones, los paisajes, el cuidado y el orden de la ciudad. Aprendía cosas nuevas y apreciaba a las personas y todo lo positivo que veía en ellas.

Una mirada desde adentro

Cuando la estancia en una tierra nueva, desconocida, se hace más larga, empieza el ‘tiempo ordinario’. Es ahí donde se comparte la vida de todos los días, la búsqueda de un trabajo, donde nacen malentendidos a causa del idioma y la cultura diferente, y las dificultades en la integración. Emerge la ‘diferencia’ del otro.

Quien es extranjero se encuentra en una posición de desventaja, pues es una minoría, no encaja del todo con los demás, además de depender de un permiso de residencia para quedarse. O se adapta perdiendo la riqueza que lleva consigo, o descubre su aportación ‘diferente y única’ a la nueva sociedad. Mirando desde adentro, me di cuenta de que también en un país con un bienestar económico existen otros tipos de pobreza.

Pero también se encuentran personas abiertas, acogedoras, que, más allá de las diferencias externas (color de piel, idioma, religión, etc.), de mentalidad y cultura, ven al ‘otro’ como una persona humana, semejante a ellas.





Una convivencia posible

El tiempo que estuve en Alemania me permitió encontrar el mundo. Mi vida diaria se desarrollaba en un ambiente multicultural, estando en contacto con personas de países muy diferentes y con situaciones de vida variadas (migrantes y refugiados, estudiantes internacionales, profesionistas...). Con el tiempo, tuve la dicha de conocer personas autóctonas muy sensibles y acogedoras, que hacían caer los ‘estereotipos’ que escuchaba.

En la convivencia juntos crecía una apertura reciproca, aprendiendo a valorar la riqueza de cada persona y cultura. Las diferencias no eran motivo de separación y nos sentíamos, siempre más, parte de una misma familia humana.

Durante los encuentros en los *Centros Internacionales Scalabriní*, tuve la oportunidad de compartir con jóvenes y familias los anhelos más profundos del corazón, para sí y para el mundo, pude escuchar sus historias de vida, dramáticas para quien es refugiado, y fui testigo de la fortaleza y esperanza que Dios dona a quién en Él confía. En el rostro de cada persona se manifestaba la presencia viva de Jesús ‘extranjero’ (cfr. Mt 25,35).

Fueron esos encuentros que me hicieron ver más allá de la fachada, y con la mirada profética de Scalabriní, vislumbrar el plan de Dios que se está realizando a través del encuentro de todos los pueblos, donde seremos todos uno en Cristo (cfr. Gal 3, 28), el nuevo Pentecostés.

Cada tierra extranjera es patria ...

En esos años, como en un telar, se tejieron lazos de amistad y de acogida reciproca, en el compartir diario con mi comunidad misionera, con los refugiados que me abrieron las puertas de sus vidas, con los jóvenes migrantes que vivieron conmigo las alegrías y tristezas del camino, con las personas del lugar. A través de esto descubrí que el hogar, 'Heimat' (en alemán), está en estos vínculos de fraternidad, en el caminar juntos, en el compartir el 'pan de la vida y de la fe'.



... y cada patria es tierra extranjera

Ahora después de varios años recibí un nuevo 'envío misionero' para compartir la vida de mi comunidad en la Ciudad de México. Para mí no sólo es un regreso a mi lugar de origen, Dios me llama nuevamente a partir, a 'dejar mi tierra', a seguir caminando, como Abraham, confiando en su promesa de fecundidad, "mira al cielo y cuenta las estrellas, si puedes" (cfr. Gn 15,5).

Aunque regreso a mi país, muchas cosas han cambiado, la situación migratoria es diferente. México se ha vuelto la 'sala de espera' para quien busca alcanzar Estados Unidos, sobre todo centroamericanos y sudamericanos, además de los desplazados internos por el crimen organizado en el país.

Ante un panorama de injusticia que nos supera, no faltan signos concretos de solidaridad y fraternidad. He sido testigo de pequeños y grandes gestos de caridad, en

las Casas del Migrante, en las parroquias y de todos aquellos que a lo largo del camino tratan de aliviar el peso de los migrantes.

En sintonía con ellos me pongo en camino, migrante por vocación, con la certeza de que la meta de nuestro caminar está en Dios, nuestra única morada.

Claudia

PRÓXIMAMENTE



Reuniones de oración,
intercambio, testimonios



Voluntariado en
Casas del Migrante

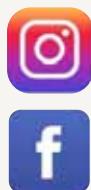


Encuentros
interculturales

¡Síguenos en nuestras redes sociales!

mexico@scala-mss.net
www.scala-mss.net
www.scala-centres.net

[scalabrini_centres](#)
Scalabrini CIM
Misioneras



SUIZA	Internationales Bildungszentrum für Jugendliche Scalabrini Baselstr. 25 - 4500 SOLOTHURN Tel.: 0041/32/6235472 ibz-solothurn@scala-mss.net
	Missionarie Secolari Scalabriniane St. Galler-Ring 184 - 4054 BASEL Tel.: 0041/61/2831155 - basel@scala-mss.net
<hr/> ALEMANIA	Missionarie Secolari Scalabriniane Neckartalstr. 71 - 70376 STUTTGART Tel.: 0049/711/541055 - stuttgart@scala-mss.net
	Centro di Spiritualità Landhausstr. 65 - 70190 STUTTGART Tel.: 0049/711/240334 - cds.stuttgart@t-online.de
<hr/> ITALIA	Centro Missionario Scalabrini Via G. Mercalli, 13 - 20122 MILANO Tel.: 0039/02/58309820 - milano@scala-mss.net
	Missionarie Secolari Scalabriniane Piazzale Gregorio VII, 65 - 00165 ROMA Tel.: 0039/06/64017125 - roma@scala-mss.net
	Missionarie Secolari Scalabriniane Salita Sant'Antonio 18 - 92100 AGRIGENTO agrigento@scala-mss.net
<hr/> BRASIL	Centro Internacional para Jovens J.B. Scalabrini Rua Jenner, 89, Bairro Liberdade CEP 01526-030 SÃO PAULO - SP Tel.: 0055/11/3208-0872 - saopaulo@scala-mss.net
<hr/> MÉXICO	Centro Internacional Misionero-Scalabrini Calle Comercio y Administración 17 Col. Copilco Universidad - Alcaldía Coyoacán 04360 CIUDAD DE MÉXICO Tel.: 0052/55/56589609 - mexico@scala-mss.net

publicación de las MISIONERAS SECULARES SCALABRINIANAS
Calle Comercio y Administración 17 - 04360 Ciudad de México

www.scala-mss.net